

ménos me extrañára por las falsedades de Arellano: ni que yo ofreciese averiguar la verdad y mandar fusilar al falso. Cada vez me convenzo mas de su ignorancia así como de que no me conoce. Aquí me pinta haciendo un papel degradado, y ese no lo hago nunca: aquí aparece que yo no comprendía mi posición, y gracias á Dios la comprendo siempre y sé tenerme en mi lugar. Yo no me deo interpelar nunca y mucho ménos extrañar de quien no tiene autoridad para hacerlo: era yo el Gefe del Imperio en delegación del Soberano, y no podían los Ministros interpelarme y ménos extrañarme. Ni yo debía ni tenía necesidad de ofrecerles nada porque no era su subordinado. Si hubiera habido tiempo para enjuiciar al impostor, y juzgarlo en consejo de guerra, yo habria tenido cuidado de mandarlo sin necesidad de que nadie me lo dijera; y si el consejo le hubiese sentenciado á muerte, la sentencia se hubiera ejecutado en el acto; mas por desgracia las falsedades de ese hombre funesto, no pudieron descubrirse, hasta que murió el Emperador, cuyo acontecimiento puso fin al sitio de Méjico, terminó todo, é hizo imposible proceder contra el criminal, que se salvó por esa circunstancia, puesto que no se pudo ya aplicarle el castigo que merece, y que habria sufrido irremisiblemente.

Termina este capítulo mi calumniador, quejándose de que no le avisé á tiempo mi separación del Gobierno, para ocultarse. Si él hubiera estado á mi lado como debía, lo hubiera sabido; pero si desde ántes se habia ocultado ya, ¿dónde lo podía yo de encontrar?

## XX.

Hé aquí la cuestión que presenta Arellano en el primer párrafo de su capítulo 20, "¿preparó Marquez su venganza, y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?"

Es tan nécia la cuestión, que no quisiera ni ocuparme de ella ¿quién que me conozca podrá tener semejante idea? ¿quién pudiera pensar en tal calumnia? ¡Ah! mas justos han sido conmigo en este punto los liberales, en todos tiempos, porque siempre han confesado la convicción íntima que tienen de la firmeza de mis opiniones políticas, en que no he cambiado nunca, ni cambiaré jamás; y por esto es que me han hecho toda mi vida una guerra encarnizada, persiguiéndome de todos modos para hacerme desaparecer, hasta el grado de declararme en unión de mis compañeros, fuera de la ley, en nuestras personas y propiedades; poniendo á precio nuestras cabezas. Ley fué aquella dictada por el odio y el encono; ley sanguinaria, inmoral y bárbara, que ante el mundo civilizado deshonrará siempre al Congreso que la dió: que pugna con el derecho de gentes, que nos puso en el caso de arrojar la vaina de nuestra espada para pelear hasta alcanzar justicia, ó morir con gloria; y que no dió otro resultado á sus autores, que complicar la situación, hacerla mas difícil, y ensangrentar la guerra siendo su primera víctima, Valle, cuya muerte, además de ser debida á la ley de conspiradores, que á dicho individuo comprendía, acaeció precisamente en los momentos en que se acababa de dar aquella ley, de la cual fué una consecuencia natural. Atendidos estos antecedentes, ¿era posible que yo estuviera de acuerdo con los republicanos, que me han odiado siempre, con toda la fuerza de su voluntad; que nunca han tenido otro deseo respecto de mí, mas que el de saciar su venganza, quitándome la vida; y que siempre han trabajado asiduamente para lograr este fin, por cuantos medios han estado á su alcance?

Siento con toda mi alma que la necesidad de probar las falsedades de mi calumniador, me haya obligado á recordar estos hechos, que quisiera relegar al olvido. Terminada mi vida pública, resuelto á no mezclarme mas en la política, lejos de mi patria, y condenado á morir en el destierro, mi

único pensamiento es, la felicidad de mi país, aun cuando yo no goze de su hermoso cielo; la tranquilidad de mi conciencia, y la rectitud de mis intenciones, me dan la calma y la resignación necesarias. No abrigo resentimiento contra nadie; no me quejo de nada; sufro mi suerte en silencio; perdono á mis enemigos, y bendigo á Dios porque ha dado á mi corazón estos sentimientos. Conozco demasiado los efectos, y las consecuencias de la guerra civil, que es la plaga mayor de las Naciones, y por eso deseo que acabe para siempre en mi patria, y que después de las lágrimas y el luto en que por tantos años ha estado sumergida, luzca, por fin, risueña, entre púrpura y oro la aurora de la paz, inaugurando una era de prosperidad y dicha para mis compatriotas, que unidos todos bajo la bandera Nacional, hagan la ventura y el bien estar de Méjico.

Lo mas tonto de Arellano al presentar esta cuestión es la suposición de que yo traicioné para salvar mi vida ¿qué atractivo puede tener para mí, mi existencia que ha estado siempre llena de desgracias y peligros, animado yo de las mejores intenciones, y sin poder ver jamás feliz á mi patria trabajando con el mayor afán, y lleno de abnegación y buena fé, y sin recibir nunca en recompensa, mas que la negra ingratitud que he tenido que deplorar en las prisiones, en los encierros, en las montañas, y en los destierros; siempre perseguido, siempre calumniado y siempre siendo el juguete de un destino cada vez mas adverso? ¿para que quiero esta vida, ni que amor puedo tenerle? ¿no la he espuesto siempre en las acciones de guerra, y no lo ha visto Arellano? además ¿qué necesidad tenia yo de pedir este favor, cuando puedo conservarla como la he conservado hasta ahora con la espada en la mano, ó saliendo del país?

Dice el hombre que me calumnia, que la traición no ha dejado rastro por el cual se encuentre alguna prueba de mi connivencia con los enemigos. Es decir: *que él mismo declara*

*que no existe prueba alguna;* y sin embargo, deja correr su pluma en una serie de reflexiones, tan faltas de fundamento, como torpes y contradictorias. Dice que yo conduje al Emperador á Querétaro con el fin de que Porfirio Díaz pudiese atacar á Puebla que sin contar con grandes elementos de defensa, tendria que sucumbir naturalmente. Y ya queda probado lo contrario por el mismo Emperador en su proclama de San Juan del Rio en la cual espresó que marchaba á Querétaro por su espontánea voluntad, para cumplir el deseo que tenia mucho tiempo ántes de ponerse á la cabeza del ejército. Sabido es que luego que salí de la capital con el Soberano mandé en su nombre la órden á Méjico por duplicado para que se replegase á dicha ciudad la guarnición de Puebla con objeto de libertarla de una desgracia; y sabido es tambien que luego que volví á Méjico, mi primer cuidado fué marchar á Puebla para salvarla.

Dice luego Arellano que “yo hice al Emperador cambiar su *Cuartel General* del Cerro de las Campanas al Convento de la Cruz la víspera de la batalla del 14 de Marzo, y que hubo la coincidencia de que en ella eligiesen los enemigos para su ataque, los dos frentes, el del Este y el del Norte—siendo la llave del primero el Panteon que yo habia dejado libre, y la Cruz la llave de la plaza.”

Para hablar tan tontamente, se necesitan dos cosas, primera no ser soldado, y segunda ser muy pícaro, ¿pues qué, no sabe Arellano que el Cuartel General debe situarse siempre en el punto mas á propósito para observarlo todo y poder dominar la situación? ¿llenaba estas condiciones el Cerro de las Campanas desde el momento en que el enemigo acabó de establecer su sitio? ¿qué se quedaba haciendo el Emperador en aquel Cerro, cuando ya no tenia allí objeto alguno? además, ya hemos visto que el Soberano teniendo esto presente cambió su Cuartel Imperial sin que nadie se lo dijera; pero aun cuando hubiese permanecido en el Cerro ¿no es claro que, luego que el enemigo

hubiera iniciado el asalto al Convento de la Cruz, el Emperador habria volado inmediatamente á dicho punto, porque lleno de valor y de heroismo estaba siempre en los puestos de mayor peligro?

Si el enemigo penetró momentáneamente en el Panteon de la Cruz, que queda muy distante del edificio principal ¿no entré yo mismo en el acto con el bizarro Teniente Coronel Rodriguez, y tropa de su batallon, reconquistamos el Panteon, lo guarnecí y quedó asegurado para lo sucesivo? ¿y no era natural que el enemigo eligiese para su ataque los dos frentes que eligió, el uno porque el Convento de la Cruz domina á la ciudad, y el otro porque conduce al centro de ella? ¿dónde está, pues, eso que Arellano llama tan néoicamente, coincidencia?

Dice mi detractor que los sitiadores de Querétaro enviaron cuatro ó cinco mil caballos á una distancia de ochenta leguas; lo cual no hubieran hecho á no estar ciertos de que el ejército imperial permanecería á la defensiva en espera de los auxilios que debieran llegarle de Méjico; ¿y que deduce de esto Arellano? ¿cuál es la consecuencia que saca? En primer lugar, como en Querétaro no se reservaba nada, natural era que el enemigo lo supiese todo por sus agentes de la plaza que se lo comunicarian, así es que llegarían á su noticia las voces de esta especie que corrieron luego que yo salí. En segundo lugar, bastaba que el enemigo hubiese sabido mi marcha á Méjico, para que enviase una columna de observacion, á fin de estar al corriente de mis movimientos: esta es una operacion militar, conveniente y necesaria; de suerte que me admiro de que Arellano que se llama General, no la comprenda. En tercer lugar, que en la guerra que los sitiadores hacian, estando encerrados los sitiados, ni necesitaban de toda su caballería, ni les hacian falta cuatro mil caballos que por pocos dias separaban de su campo para un objeto importante, y propio de esta arma, cuando les quedaban otros cuatro mil. Y en cuarto lugar, que aunque se alejaron ochenta leguas, fué

siempre siguiendo mi huella, sobre el mismo camino que yo llevaba, siempre en observacion mia y prontos para replegarse á su campo á cualquiera hora que se necesitaran.

Luego dice Arellano "que tomando yo el camino mas largo y perdiendo dos dias en S. Lorenzo, di tiempo para que Porfirio Diaz tomara á Puebla. Y que á su vez Porfirio me dejó huir en S. Lorenzo mientras eran derrotadas las tropas imperiales." Ya se han visto las razones que tuve para elegir el camino de los Llanos. Ya se sabe que Puebla se perdió al acabar yo de salir de Méjico, de manera que lo mismo hubiera sucedido siguiendo el otro camino, y ya espliqué porqué me detuve dos dias en mi marcha, así como que esta detencion fué despues de la pérdida de Puebla. En cuanto á que Porfirio Diaz me dejara huir, no fué que él me dejara, sino que yo pude salirme con mis tropas por entmedio de las suyas sin ser sentido; pero tan léjos estaba Porfirio Diaz de tener idea tan peregrina, que precisamente lo que queria era lograr mi captura, y para esto mandó cortar todos los caminos, y obstruir todos los pasos, y me cercó con sus tropas, á fin de que no tuviese yo por donde escapar y cayera precisamente prisionero para fusilarme. Y ya se vió que luego que se apercibió de mi partida, destacó su caballería en mi alcance, la cual me rompió sus fuegos luego que pudo, y Porfirio repartió sus tropas en todas direcciones, procurando que una parte de ellas saliese á vanguardia de las mais, para impedir mi marcha. Por eso dice Guadarrama en su parte que "habiendo salido en mi seguimiento con su caballería, alcanzó la retaguardia de mis tropas á la salida del pueblo de S. Felipe, y que las fuerzas de su mando, batian á las mias con la vanguardia de la primera y quinta columna hasta el puente de San Cristóbal, donde me vi obligado á abandonar un carró y toda mi artillería gruesa; y desde allí, dice Guadarrama siguió un alcanc rigoroso y una tenaz y bien sostenida resistencia por parte mia, etc"..... Por lo que respecta al hecho de armas de aquel dia, que ya

tengo explicado, el mismo Arellano ha dicho en su folleto, que no hubo derrota, puesto que, todas mis tropas llegaron á Méjico.

Dice Arellano que Porfirio Diaz nunca intentó el asalto de Méjico á pesar de que contaba con mas elementos de los que necesitaba. Y que yo no le batí en detalle á pesar de su posicion defectuosa. Tanta necedad me obliga á reproducir lo que respecto de este punto tengo dicho en mi Manifiesto. Hélo aquí:

“Se ha dicho despues, que el enemigo obró de este modo calculando que así lograria la rendicion de la plaza sin el derramamiento de sangre necesario en un asalto; pero esto no es cierto como páso á demostrarlo. En primer lugar, pendiente el sitio de Querétaro, porque Escobedo no podia tomar aquella ciudad, natural y debido era violentar las operaciones del de Méjico para terminarlo cuanto ántes, y marchar á reforzar á los sitiadores de Querétaro. En segundo lugar, como la guerra es tan caprichosa y la victoria no se debe siempre al valor ó la inteligencia, al número, á la posicion, ó á los elementos, sino que se alcanza muchas veces por acontecimientos inesperados, se debió considerar como muy posible el caso de que á la hora ménos pensada Escobedo fuese derrotado, ó se viese en la necesidad de levantar el sitio, por no haber ido á auxiliarlo Porfirio Diaz. En tercer lugar, ningun sitiador renuncia voluntariamente la gloria de tomar la plaza que sitia por la fuerza de las armas, ora por medio de un asalto, ora por medio de un ardid, ora de cualquiera otra manera; pero siempre haciendo alarde de su valor, de su fuerza y de su pericia; y no hay duda en que el que así no lo verifica, es porque teme ser derrotado. Y en cuarto lugar, los sitiadores de Méjico probaron esta verdad con el pedido que por telégrafo hicieron á Escobedo en 5 de Junio de 1867, de dos brigadas de infantería *con fuerzas útiles para un asalto*, y esto despues de haberseles reunido Riva Palacio, Corona y Aureliano Rivera, cada uno con sus tro-

pas. De suerte que si, ni con todas estas, se resolvian á asaltar la plaza, si no se les mandaban de Querétaro las dos brigadas que pidieron, claro está que mucho ménos lo habrian hecho sin ellas; demostrando con esto que si no asaltaron no fué por evitar el derramamiento de sangre, sino porque estaban seguros de ser despedazados. Inserto á continuacion el parte de que acabo de hablar y su contestacion negativa.

“Telégrama de Querétaro para San Luis Potosí, Junio 6 de 1867.—Recibido á las dos y quince minutos de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—En este momento que son las doce y media del dia, acabo de recibir el siguiente:

“Línea telegráfica del Interior.—Recibido de Tacubaya en 5 de Junio de 1867. A las nueve de la noche.

“Ciudadano General Escobedo. Necesito que mande Vd. dos brigadas de infantería, *con fuerzas útiles para un asalto*.—P. Diaz.

“Lo trascibo á Vd. advirtiéndole que para poder salir de aquí con la fuerza que me sea posible, necesito que venga el General Treviño á encargarse de la que deba quedar en esta ciudad.—M. Escobedo.

“Telégrama San Luis Potosí, Junio 6 de 1867. A las ocho y veinte minutos de la noche.

“Ciudadano General Mariano Escobedo.—Querétaro.

“En vista del parte telegráfico que me dirigió Vd. esta tarde, insertando otro del Ciudadano General Porfirio Diaz, ha acordado el Ciudadano Presidente de la República, se sirva Vd. contestar al Ciudadano General Diaz que por ahora no puede ir ninguna de las fuerzas que están en Querétaro, porque es preciso que permanezcan allí.—Mejía.”

De manera que como se vé, si los sitiadores no asaltaron la plaza únicamente fué porque no pudieron. “Y para robustecer todavia mas la fuerza de esta verdad, el mismo Arellano dice que el dia 15 de Mayo que equivocándose el enemigo con los repiques de la plaza, lanzó sus columnas so-

bre nuestros parapetos, fueron ametralladas y rechazadas ¿qué hubiera sucedido en un asalto formal, en que nosotros hubiéramos hecho todos nuestros esfuerzos?

En cuanto á que yo no atacase al enemigo en detalle, demasiado sabido es, que no lo hice porque no pude. Si la fuerza con que yo contaba no alcanzaba ni para cubrir mi línea, y si por lo mismo no tenía columnas de reserva ¿con qué habia de hacer salidas? ¿desguarnecería la línea del Sur, por ejemplo para llevar sus tropas casi á una legua de distancia, á batir al enemigo por el Norte, dejando abandonada la línea desguarnecida, para que el enemigo la tomase y penetrase por ella hasta el centro de la ciudad, ántes de que yo hubiera podido principiar mi ataque? Con el agregado de que para emprender una operacion capaz de que pudiese esperar de ella algun resultado favorable, no habria bastado desguarnecer una línea, sino que habiera sido indispensable desguarnecerlas todas para contar con una fuerza regular, lo cual habria equivalido á entregar la plaza á los sitiadores, que la hubieran ocupado sin disparar un tiro luego que hubieran visto abandonadas sus líneas.

Dice mi calumniador que Porfirio Diaz no aceptó los ofrecimientos de H'Oran para la entrega de la plaza porque otros compromisos secretos le aseguraban el mismo resultado. Ignoro cuales sean las razones que haya tenido Porfirio Diaz para no aceptar los ofrecimientos de H'Oran, ni sé si los aceptaria; pero, si no lo hizo así, supongo que ha de haber sido porque no podia tener confianza en ellos; y aun cuando los hubiera aceptado, no habria alcanzado el resultado que se proponia, porque en Méjico no dormiamos, y ántes que cualquiera hubiera podido vendernos, lo habriamos pasado por las armas. En cuanto á compromisos secretos, mis cañones y la sangre derramada, responde muy alto que no existió ninguno. Es menester que se desengañe mi detractor, que entre él y yo hay una enorme distancia. Si él es capaz de

tales ideas, yo no lo soy; si en su depravado corazon caben sentimientos tan infames, el mio está formado de otra manera, y no caben en él sino sentimientos nobles y dignos. He peleado en cumplimiento de mi deber, siempre que ha llegado la ocasion; pero jamás he traicionado á nadie porque soy incapaz de ello.

Yo no podia saber como dice Arellano las ejecuciones de Querétaro pocos momentos ántes que se verificáran ¿por dónde ó cómo podia yo saber lo que ignoraban hasta los mismos sitiadores que tenían á su disposicion el telégrafo, que estaban en comunicacion con sus compañeros de Querétaro, y que sin embargo, no supieron ese desgraciado acontecimiento sino despues de sucedido? Tuvo lugar á las siete de la mañana ¿á qué hora podia yo saberlo? ¿á la madrugada? ¿me pondrian un telégrama de Querétaro avisándomelo? ¡Arellano! ¡Arellano! ¡es V. tan pícaro como estúpido! Véase en mi Manifiesto la situacion de Méjico en aquel dia, y allí se encontrará que si me separé del Gobierno en aquella fecha fué porque no era posible continuar un momento mas.

Por mas que me propongo no decirle tonto á Arellano, él mismo me pone en el caso de hacerlo á cada momento. Dice ahora "que establecido los preliminares de la rendicion de Méjico con el General Tavera, y despues de mi desaparicion, no hubo ni una sola palabra, ni una exigencia respecto de mí, á pesar de ser tan odiado" ¿pues qué exigencia podian tener los sitiadores ni el Gobierno de Juarez, cuando ya se sabia que me habian de fusilar luego que me encontrarán? ¿ni cómo podian imponer condiciones, cuando no habia capitulacion? ¿qué queria Arellano que le hubiera dicho Porfirio Diaz á Tavera? ¿ó me entrega V. á Marquez, ó lo fusilo? Tavera habria contestado en el acto, sin vacilar: fusíleme V. ¿qué mas podia haber dicho el sitiador? ¿pasaré á cuchillo toda la guarnicion? mis compañeros todos del primero al último habrian puesto sus cuellos para recibir la muerte, pero no me hubieran entregado, porque son tan caballeros como

valientes. Ignoro si el sitiador tuvo alguna exigencia respecto de mí; pero si no la tuvo, es decir que, mas decente que Arellano, conoció mejor á los defensores de Méjico, y haciéndoles toda la justicia que merecen, no lo intentó. Supo muy bien lo que tenia que hacer, que era buscarme empeñosamente, y así lo hizo luego que entró. Ahí está el Santuario de los Angeles que se inundó de tropa buscándome por tres dias consecutivos hasta debajo de la tierra en los sepulcros, y en los nichos de los muertos; haciendo hincar á cada momento á los eclesiásticos de aquel santuario para fusilarlos porque no descubrieran donde estaba yo, lo cual no podian hacer porque no lo sabian: ahí está la multitud de casas que se catéaron despues en Méjico con el propio objeto: ahí están los muchos espías de la policía, repartidos para lo mismo en toda la ciudad: sabido es que se dieron inmediatamente órdenes repetidas y terminantós á las autoridades para que se vigilasén todos los caminos, y se estableciesen partidas de caballerías en todos ellos con ejemplares de mi fotografía á fin de que examinasen escrupulosamente á todos los transeuntes para que yo no pudiese escapar por ninguna parte. Y todos en Méjico vieron desaparecer á mi familia que permaneció rigorosamente oculta seis meses llena de privaciones y padecimientos, cuyo sacrificio tuvo necesidad de hacer para que la policía no pudiese encontrar ni el menor indicio que le diese idea del lugar de mi residencia.

En cuanto á la queja que emite Arellano porque la guarnicion de Méjico fué tratada como prisionera de guerra, mientras que la de Querétaro solo encontró la muerte y las galeras, carece absolutamente de razon. Si los defensores de la capital hubiesen tenido mejor suerte que los de Querétaro, léjos de ser un motivo para esa queja que tan perfectamente pinta el alma negra de Arellano, seria un motivo de regocijo, para todo el que tenga un corazon noble y sensible; pero no fué así: los prisioneros de Méjico fueron sometidos á las disposiciones generales que se dieron para unos y para otros;

estuvieron presos en la capital, en la fortaleza de Perote y en otros puntos: sufren hasta el dia su destino, y se mueren de hambre desterrados en el Estrangero, todos los militares y paisanos á quienes cupo esta suerte por haber servido en el ejército, ó por haber ocupado puestos públicos: murieron sin volver á ver á su patria personas muy distinguidas por su elevado mérito, como el General Almonte, los señores Lacunza, Marin, Teran, el Obispo Ramirez y otros. Si en Querétaro fusilaron al Emperador, á mí tambien me hubieran fusilado en Méjico si me hubiesen encontrado; y si en aquella ciudad se fusilaron á Miramon, á Mejia y á Mendez, tambien en la capital se fusilaron á Vidaurri y á H'Oran, ¿dónde está la diferencia? Finalmente ahí están todos mis compañeros sufriendo todavia las consecuencias del destino con todos sus horrores ¿aun no está satisfecho Arellano? ¿todavía quiere mas?

Respecto de la casualidad de que Porfirio Diaz fuese á Veracruz para embarcar sus tropas destinadas á Yucatan al mismo tiempo que yo me dirigia á dicho puerto, ya tengo explicado que bastante me perjudicó ese acontecimiento que habria retenido mi salida de Méjico, si hubiera yo tenido la menor noticia de él.

Es tan infame mi calumniador, que al mismo tiempo de dar por cierta la existencia de mi supuesta traicion, sentando por base el acuerdo que supone entre los republicanos y yo; y á la vez de herirme, infiriéndome la ofensa que mas lastima, declara el mismo que no sabe si existió ó no dicho acuerdo. Dice en un párrafo "Si existia este acuerdo &c." Y á las cuatro líneas asienta "Si no hubo acuerdo &c." Pues si no lo sabe ¿por qué me calumnia?

Despues sigue una série de reflexiones tan absurdas como todo el folleto, llenas de imprecaciones que mas que á mí ofenden al que las escribió porque ponen en relieve su odio enconoso y lleno de saña, y que terminan con estas palabras del Señor que dice me acompañarán siempre atravesando

la historia en mi seguimiento “¡¡¡Cain, qué has hecho de tu hermano!!!” No quiero contestar á esas imprecaciones, por no descender hasta el grado de ponerme á tú por tú con quien no es digno de dirigirle la palabra. No es Dios quien me dirigirá esa exclamacion, porque demasiado sabe mejor que todos, que lo que hice fué defender á mi Soberano hasta despues de su muerte y hacer todos mis esfuerzos por salvarle; y que lo habria salvado sino hubiera habido génius discolos, envidiosos, presuntuosos y malvados como Arellano que se empeñaron en perderlo. Pasarán los tiempos que vamos atravesando: otros vendrán, y entónce, cuando la justicia pueda caer con toda la fuerza de su omnipotencia sobre los criminales, en vez de ser Dios quien me pregunte como á Cain ¿qué has hecho de tu hermano! será un consejo de guerra, el que pregunte al Comandante General de la artillería de Querétaro ¿qué hiciste de tu Soberano? ¿dónde están los cañones que se te confiaron? ¿por qué te dejaste sorprender? ¿por qué dejastes perder todo sin saber cuándo, cómo, ni por qué? ¿por qué no te moriste de vergüenza cuando los enemigos para hacerte prisionero te fueron á despertar en la cama en que dormias, despues de haber perdido todo sin saber nada? ¿por qué huiste cobarde y miserable como ladron ratero por las azoteas, y te escondiste luego hecho un cuitado miéntras que fusilaban á tu Emperador y á tus Generales, que morian llenos de valor y de heroismo, abandonados por tí, en quien habian puesto su confianza? ¿por qué, despues de haber engañado en Querétaro al Emperador y su ejército hasta perderlo, en union de tu patria, fuiste luego á Méjico, é introduciéndote allí, furtivamente como el génio del mal, mintió cual de costumbre tu lengua viperina, é indujo en error al Gobierno de S. M. á los defensores de aquella plaza, y á la poblacion entera, impidiendo con esto, que se publicase la abdicacion del Monarca, y ocasionando desde aquella fecha hasta el último dia, el derramamiento de la sangre de valientes, que gota á gota cae

sobre tu cráneo asqueroso é inmundo? ¿por qué, en fin, te fuiste luego á dos mil leguas de distancia, para esconderte como un cobarde, donde estu vieras seguro de la impunidad; calumniaste desde allá, á quien nunca podrás probar nada malo; y escribiste palabras que jamás te atreverás á decir, cara á cara?

“ULTIMAS PALABRAS.”

Así titula Arellano el último capítulo de su libelo compuesto solo de necedades que no vale la pena de ocuparse de ellas.

Dice que vá á refutar mi Manifiesto. Que haga lo que guste, bien puede escribir cuanto quiera: ni aumento ni quito una sola letra, y me ratifico en cuanto tengo dicho. Advierto solo, que no he escrito para justificarme porque no tengo de qué, sino únicamente para aclarar la verdad de los hechos que tergiversan los que los ignoran, ó se han propuesto calumniarme.

Se empeña en deificar á Miramon ensalzando sus glorias: no me opongo, y ántes me alegro de que hable tan bien de un amigo á quien tanto quise ¿pretende probar, que fué el primer General de Méjico? no hay obstáculo por mi parte, lo único que debe sentirse es que su panegirista sea Arellano ¿qué pretende además probar? ¿qué yo he sido el peor de todos? convenido: jamás he tenido pretension alguna: siempre me he considerado el último de mis compañeros; y le doy las gracias á Arellano por su calificación: peor seria que me prodigara elogios: tengo muy presente aquella máxima de Iriarte que dice:

“Si el sabio no aprueba, malo!  
Si el necio aplaude, peor!”